

ANTONIO ORTIZ ECHAGÜE (1883-1942). UN CLASICO MUY MODERNO

MONSERRAT FORNELLS. ANGELATS

Cuatro años después de la muerte del artista, el eminente crítico José Camón Aznar escribía:

“...las prolongadas ausencias de Ortiz Echagüe de España no le han dado entre nosotros la popularidad y el realce que su arte merece. Pertenece a ese indeciso momento, no bien valorado por su cercanía y por el cerco de todos los fauvismos que lo han combatido, que quiere vitalizar el realismo uniéndolo a un fuerte sentido decorativo del color. Y es Ortiz Echagüe uno de los que sostienen esa estética con mayor fortuna...”¹.

En efecto, el hecho de que el artista abandonara España a los catorce años, y residiera habitualmente en el extranjero con excepción del periodo de la Primera Guerra Mundial y el último lustro de los años veinte, explican que en su propio país una figura de la innegable talla de Antonio Ortiz Echagüe hay permanecido en el olvido, -o confundida con su hermano el magnífico fotógrafo José Ortiz Echagüe-, hasta la exposición Antológica celebrada en Madrid desde Octubre a Diciembre de 1991 en el Centro Cultural Conde Duque.

Pero parece que hoy en día, superada ya la época en que los partidarios del arte tradicional y los del de vanguardia, denigraban o exaltaban sin medida a los pintores de uno u otro bando, ha llegado el momento de revisar con sosiego el panorama artístico español de la primera mitad de este siglo y emprender una labor de recuperación de aquellos artistas que buscaron su propio camino, consiguiendo a menudo un peculiar equilibrio entre la tradición y la innovación.

No hay duda de que el prestigio alcanzado por los artistas españoles que trabajaron en París a comienzos del XX, dando lugar al nacimiento de las primeras vanguardias históricas: Picasso, Juan Gris, Miró, Dalí...está más que justificado y consagrado en todos los ámbitos. Sin embargo, hasta hace poco, estos “ismos” habían centrado la atención de los historiadores y críticos de arte hasta tal punto, que se tendía a olvidar o a pasar por alto, las corrientes y figuras que surgieron por esas fechas en el mundo artístico español, el cual seguía su curso al margen de la actividad de aquel reducidísimo grupo de pioneros.

Conviene recordar que en la segunda mitad del siglo XIX, la tendencia oficializada en el país era la pintura de historia, que se complacía en mirar hacia las gloriosas gestas del pasado, quizás un poco como compensación frente a la problemática situación del presente.

Frente a los seguidores de este género académico, como rosales, Pradilla, Casado del Alisal, Moreno Carbonero...reaccionará una nueva generación que viene al mundo en el último tercio del siglo y que reivindica la vuelta a lo popular y cotidiano, naciendo así un realismo populista, -o costumbrista si se quiere-, que más que con los postulados del francés Courbert, enlazaba con la pintura del siglo de oro español; no en balde Velázquez fue el ídolo de todos ellos: Sorolla, Zuloaga, Rodríguez Acosta, López Mezquita, Alvarez de Sotomayor ... y por supuesto Antonio Ortiz Echagüe.

Este sentimiento de repudio del pasado imperial que abrigaban los hombres de la restauración, enlazaba perfectamente con la ideología regeneracionistas surgida a raíz de la pérdida de las últimas colonias: el desastre del 98.

A partir de ahí intelectuales y artistas se lanzan a la recuperación de la idea de España desde una nueva perspectiva, buscando su esencia en el medio rural, en las tradiciones y las gentes de los pueblos, eternas víctimas de los soñadores de grandezas patrias.

Simultáneamente, el lógico interés por el paisaje de estos pintores se adereza con la llegada de las corrientes impresionistas francesas, que encuentran campo abonado en la atmósfera cálida y la potente luz de la península. No en vano surgió aquí de la mano de Beruete y de Sorolla una versión hispana del modelo galo que se ha dado en llamar "luminismo".

El otro ingrediente que completa el panorama de este periodo es la aparición del modernismo, que fue abrazado generalmente por los artistas más jóvenes y más vinculadas a entornos europeístas, como los catalanes Casas, Rusiñol, Anglada Camarasa..., dada su identificación con el ambiente de prosperidad económica, y el espíritu hedonista que se expande entre la alta burguesía de principios del siglo XX.

A lo largo de las siguientes páginas vemos que Ortiz Echagüe, como hombre plenamente solitario con su tiempo, participó de todas estas tendencias, pues tal como se aprecia a través del análisis de su pintura sus tipos populares responden al realismo costumbrista, sus paisajes al impresionismo luminista, y sus desnudos y muchos de sus retratos a la estética del modernismo y el art-deco.

Sin embargo nuestro artista se distinguió de sus contemporáneos por su carácter cosmopolita y su espíritu de trotamundos, que le llevó (tras formarse en la Academia de Bellas Artes de París y en la Academia española de Roma) a recorrer multitud de países y tres continentes buscando siempre pueblos y escenarios donde encontrar tipos y asuntos de marcado color local. Sin acotar nunca su campo de acción buscó inspiración en España, Holanda, Francia, Italia, Cerdeña, Argentina, Marruecos... convirtiéndose en un universalizador del realismo español coétaneo. No en vano los críticos de París, Amsterdam, Roma, Rabat, o Buenos Aires destacaban el fuerte acento ibérico de su pintura independientemente de que sus modelos fueran pescadores holandeses, mujeres bereberes, o campesinas sardas. Pues en todas partes supo crear auténticos tipos raciales cuya fuerza y expresividad no se ve jamás disminuida por el espectacular cromatismo de su jugosa paleta, y su sentido decorativo del color.

Su continuo peregrinar no fue óbice para que en todas partes obtuviera grandes éxitos y se hiciera con los galardones nacionales e internacionales más codiciados de su

tiempo (Medalla de II clase en la Internacional de Munich de 1909, Medalla de Oro del Salón de París de 1923. Primera medalla de la exposición de bellas Artes de Madrid de 1924...) porque el verdadero arte es universal y el talento no conoce fronteras.

La faceta de nuestro artista como pintor de retratos sería una de las más relevantes de su carrera, y le proporcionaría renombre internacional como pintor de aristócratas, políticos, y banqueros del nuevo y el viejo mundo. Sus grandes dotes de fisionomista, unidas a un gran dominio técnico y a su innato sentido de la elegancia, hacen de sus retratos, especialmente de los femeninos, verdaderas obras maestras del género.

Ortiz Echagüe fue siempre un pintor fiel al natural, pero esa característica que le hizo permanecer al margen de los vanguardistas contemporáneos, no impidió que al mismo tiempo incorporara a su técnica la pincelada abocetada del postimpresionismo, o las calidades matéricas y el valiente colorido que le acerca a los fauves y los primeros expresionistas. Estos elementos, puestos al servicio de un magnífico dibujo, y de una visión certera de pintor, confieren a sus cuadros un atractivo incuestionable.

Cuando se contempla la obra que Ortiz Echagüe, se aprecia que estamos ante un hombre respetuoso con los clásicos, pero que se mantiene fiel a su tiempo. Es decir, que ha estudiado a fondo y ha sabido asimilar las enseñanzas de los grandes maestros de la pintura, pero que no se ha limitado a estériles mimetismo, sino que ha aplicado sus observaciones a la creación de un estilo personal que resulta indiscutiblemente moderno por su vinculación con las corrientes artísticas nacionales e internacionales de su época, y por su dinamismo gestual y alegre colorido.

Con respecto a las tendencias artísticas dominantes en el país, resulta evidente su respeto por Sorolla y Zuloaga así como su vinculación temática con los pintores españoles de tipos populares: López Mezquita, Rodríguez, Acosta, Alvarez de Sotomayor, Chicarro, benedito, los Zubiaurre ... Pero si en el aspecto estilístico una buena parte de su obra responde a un realismo propio del interés de su generación por los aspectos más genuinos del costumbrismo, el carácter foráneo y hasta exótico de sus temas y la magnífica individualización de los rostros, le distinguen claramente de sus compatriotas contemporáneos.

Por otro lado la fisonomía de sus cuadros nos revela que estamos ante una obra encuadrable en líneas generales dentro del postimpresionismo, pero que se va vinculando cada vez más con el sentido decorativo del modernismo y con la audacia cromática y gestual de los fauves y los primeros expresionistas.

Pero al margen de todas estas influencias o seducciones, nos encontramos con un pintor que tiene el don de la independencia, porque ha aprendido mucho y lo ha digerido bien, forjándose un criterio propio y un lenguaje artístico peculiar que participa a la vez de la tradición y de la modernidad.

A partir de esta dualidad surge la inconfundible idiosincracia de la pintura de Ortiz Echagüe, tan impregnada de un espíritu personal que hasta un profano puede reconocer su estilo sin dificultades. En medio de la gran diversidad de su obra, que no es sino el testimonio de su fecundidad creadora, de su gran vitalidad, y de su dominio técnico, se observa sin embargo una unidad psicológica, un mismo fluído artístico que discurre siguiendo unas leyes internas que vamos a intentar formular en las siguientes líneas.

Una razón primordial del atractivo de sus cuadros reside en la temática elegida. En su tendencia a transmitir una imagen feliz y placentera de la existencia: interesantes tipos populares, agradables escenas domésticas, vistosos trajes, bellas mujeres, hermosos paisajes...Nunca encontraremos asuntos dramáticos o situaciones conflictivas,

sino temas de noble prestancia y amable entonación, que coinciden con su carácter franco y jovial y su visión optimista de la vida.

Su pintura es figurativa y es naturalista porque imita con destreza las formas de la realidad, pero sus tipos no resultan nunca convencionales porque están dotados de una profunda vida interior que se desborda en los semblantes, y especialmente a través de la expresión de sus ojos. Atuendos o decorados sirven para realzar la figura o crear un ambiente, pero el protagonismo sigue estando siempre en los personajes, de ahí el profundo humanismo de sus cuadros.

Los grandes formatos que suele emplear impiden que la obra pase desapercibida. Sus dimensiones actúan como reclamo y a ello se añade la insoslayable presencia de las figuras de tamaño real que ocupan un gran espacio del lienzo, y cuya corporeidad queda realizada por la proximidad física al espectador y por la fuerza del modelado, al que contribuyen tanto el dibujo como la pincelada.

Hay siempre en estos cuadros un sentido clásico de la composición, que tiende a ser centrada o simétrica, creando así una sensación de equilibrio que queda potenciada por las serenas actitudes de los modelos y el número normalmente reducido de ellos.

Como contrapunto a esa ausencia de movimiento, su pincelada suelta, aboceta y densa, se muestra tremendamente activa y llena de dinamismo, dejando sobre la materia las huellas de sus ágiles desplazamientos. Ello supone la adopción de una factura muy característica de los artistas de comienzos del siglo, que nos permite hablar de lo actual de su lenguaje, y de su perfecta correspondencia con la época que le tocó vivir.

La concepción del espacio delata también su sentido del equilibrio, pues combina recursos tradicionales como la perspectiva geométrica o la representación espacial a través de las sombras que proyectan los cuerpos, con puntos de vista simultaneados y fondos planimétricos, reveladores de cierta aproximación a los planteamientos teóricos más vanguardistas que denunciaban la ficción que supone olvidar la bidimensionalidad del lienzo.

Por lo que respecta a la luz, existe en su pintura una predisposición clara hacia este elemento. De hecho se muestra como un gran luminista en las escenas de interior con luz artificial, y en los paisajes de "plein air" ajecutados al modo de la escuela impresionista. Mientras en la mayoría de los cuadros restantes la fuerte claridad que los inunda se evidencia fundamentalmente a través de la brillantez del color.

El color..., no hay duda de que este es un aspecto capital de su lenguaje artístico. Lo que más atrae y fascina al contemplar una pintura de Ortiz Echagüe es la fuerza de sus pigmentos. Independientemente de que el artista utilice una paleta más amplia (en su madurez) o más reducida (en su juventud), siempre sabe potenciar al máximo este elemento, matizando los tonos, realzando un color junto a otro, o basando su combinación en el principio de contraste.

Sus lienzos están impregnados de una tremenda sensualidad cromática que pretende comunicar el puro deleite del color ordenado por una idea. La sabrosa calidad de su pintura aparece tanto en sus blancos y negros, como en los colores primarios o secundarios más habituales de su paleta. Buscando cada vez una nota más aguda, que le lleve a los registros más altos de la escala, el artista consigue una sonoridad cromática que se "escucha" como un exultante himno de alegría.

Este planteamiento que podríamos considerar como una concepción simbólica y subjetivadora del color, será común a pintores postimpresionistas como Van Gogh o Gauguin, al grupo de los fauves e incluso a los primeros expresionistas: Munch, Nolde,

Franz Marc...De ahí que siendo fiel a su propia evolución artística Antonio sintoniza con una sensibilidad muy extendida entre los creadores europeos de principios de este siglo.

Ortiz Echagüe posee un gran instinto decortivo que se manifiesta con todo su esplendor en los cuadros de los años veinte: en esos desnudos que flotan entre el intimismo y la exhuberancia ornamental, o en los retratos cuyos fondos son verdaderas escenografías. Hay una fantasía desbordante que se ampara y justifica en la estética modernista, y que está presente en sus obras y épocas más mundanas.

Al contemplar las creaciones de Ortiz Echagüe llama siempre la atención su absoluto dominio técnico, resultado de la combinación de grandes dosis de talento y de muchas horas de trabajo. Como pintor es de los que mejor domina los instrumentos de su oficio, el lápiz y el pincel no tienen secretos para él, y es esa soltura de mano, esa aparente facilidad de ejecución, uno de los motivos de la frescura y del enorme atractivo de sus obras.

Por último si hay que subrayar (como parece obligado hacerlo en una síntesis final) los aspectos más relevantes de nuestro hombre y su obra diremos que Ortiz Echagüe, a pesar de que pasó la mayor parte de su vida fuera del país - o quizás precisamente por eso-, tuvo la habilidad de lograr algo aparentemente contradictorio como la internacionalización del regionalismo español característico de nuestro arte de principios de siglo.

Su pintura, nos ofrece un repertorio de gentes o imágenes tomadas allende las fronteras, que vienen a ser la plasmación plástica más acabada del pensamiento de Unamuno y otros hombres del 98, que tras sus juveniles ansias de europeizar España, evolucionaron hacia el deseo de españolizar Europa. Deseo que respondía a las inquietudes de una generación que se debatía, - como la nuestra-, entre el convencimiento profundo de la necesaria modernización del país y el deseo visceral de conservar sus tradiciones.

Si Zuloaga paseó por el mundo las imágenes de una España pintoresca y rural, Ortiz Echagüe lo pintó en clave de realismo ibérico, aderezando su costumbrismo cosmopolita con una audacia cromática, unas texturas maéricas, y un componente gestual enraizados en la estética más progresista de la presente centuria.

En nuestro artista se aunaron el hombre y el pintor de mente abierta pero nada partidaria de extremismos, cuyo mérito estuvo en sintonizar lo local con lo internacional, el presente con el pasado, el respeto a la experiencia con el espíritu de innovación.

Por eso la esencia de su arte reside en ser a un tiempo actual y tradicional. Su pintura es clásica pero nunca académica, y moderna pero no vanguardista.

BIBLIOGRAFIA SOBRE A. ORTIZ ECHAGÜE

- BENEDITE, León.

“*Le Musée de Luxembourg, écoles étrangères*”. H. Laurens editeur. Paris 1924.

- BRU, MARGARITA.

“La academia española de Bellas Artes en Roma” (1873-1914). Mt. de Asuntos Exteriores. Madrid, 1971.

- FORNELLS, Montserrat.
 “Antonio Ortiz Echagüe (1883-1942)”. E. Museo de San Telmo. San Sebastián, 1984.
- “A. Ortiz Echagüe. El hombre y su obra”. Catálogo de la Exposición Antológica. Ed. Centro Cultural Conde Duque. Madrid, 1991.
- GARCIA DIEZ, J. A.
 “La pintura en Alava”. Caja Vital, Vitoria, 1990.
- GARCIA LORANCA, ANA Y GARCIA RAMA, RAMON
 “Pintores aragoneses, riojanos, y de Guadalajara” Ed. Ibercaja. Zaragoza, 1992.
- GAYA NUÑO, J.A.
 “La pintura española del s. XX”. Iberico Europea de Ediciones. 1972.
- COMPTE, PHILIPPE.
 “Catalogue raisonné des peintres”. Musée des Beaux Arts. Ville de Pau, Francia, 1978.
- MAUCLAIR, CAMILLE
 “Ortiz Echagüe, 32 reproductions de ses œuvres”. Nederlandsche Rotogravure Mij Leyden, 1921.
- MANSO DE ZUÑIGA, G.
 “El Museo de San Telmo”. Ed. Gran Enciclopedia Vasca Bilbao, 1976.
- PANTORBA, BERNARDINO
 “Historia y crítica de la exposiciones de Bellas Artes”. Madrid, 1948.
- SMIDT, ELISABETH
 “Antonio Ortiz Echagüe. testimonio de su esposa”. Biblioteca Pampeana. La Pampa, (Argentina), 1968.
- VARIOS
 “Exposiciones antológica de la Academia Española de Bellas Artes de Roma” (1873-1914). Ministerio de Cultura. Madrid, 1979.

NOTA

1 ABC, Madrid 11 de Enero de 1946. *La pintura de Ortiz Echagüe*. Por José Camón Aznar.